

# primera etapa del concilio vaticano II

**N**o es posible realizar un balance exhaustivo de la primera fase del Concilio Vaticano II. Dos obstáculos insalvables se oponen a ello: 1º) El tratarse precisamente de la primera etapa. Una Asamblea de tal magnitud (más de 2.000 Padres congregados) y tan diversificada por razas, costumbres y mentalidades ha debido, ante todo, ensamblarse internamente. No bastaba la organización previa, por perfecta que pudiera haber sido.

Frente al Concilio en marcha uno sentía la sensación de un gigante que despierta de su sueño primigenio y toma conciencia de sus enormes dimensiones, que contempla admirado sus miembros, que titubea antes de emprender el camino. Y lo pasmoso, como veremos, es que se haya lanzado tan pronto y tan firmemente. El segundo obstáculo no es sino efecto del primero: La falta de decretos emitidos oficialmente que pudiera parecer fruto de la inoperancia. La primera fase fue algo así como el "verse las caras" y realizar sondeos previos. Algo semejante a lo que sucede en los parlamentos en el período de apertura: presentación de diplomas, mutuo conocimiento (de puntos de vista), planteos previos y preparación de comisiones.

Los espíritus inmediatistas son llevados entonces, fácilmente, al derrotismo. ¿Fue un fracaso esta primera etapa del Concilio? ¿Valdrá la pena esta mundial convergencia de Obispos hacia la Ciudad Eterna, con todo lo que ella supone de ausencias y gastos económicos? Nosotros daremos nuestra impresión. Pasaremos por alto —y por ya sabido— lo anecdótico del Concilio. La prensa diaria, con más o menos exactitud, nos tuvo al tanto de todo lo cognoscible. No vamos, pues, a repetirlo. El carácter mensual de "*Estudios*" nos lleva a otro tipo de comentario: más a la visión de conjunto que al detalle, más a calar en hondura que a delinear superficies. ¿Ha sido o no positivo el trabajo de estos tres meses iniciales?

En tres aspectos fundamentales creemos descubrir su positividad, al margen de todas deficiencias ajenas a una asamblea guiada, sí, por el Espíritu, pero concretada, en sus detalles, por hombres: sentido de ecumenidad, sentido de libertad, sentido de unidad.

## I

El primer problema conciliar que sacudió a la opinión fue el de la integración de las diversas comisiones. Problema trascendental, no sólo por las atribuciones de cada comisión, sino porque cada una de ellas podía o no ser reflejo de las inquietudes de la Iglesia universal según incluyera o no incluyera, entre sus miembros, a representantes de todas las latitudes. La oportuna intervención del Cardenal Liénart, obispo de Lille, pidiendo una demora en la elección, permitió la integración anhelada: apenas aparecieron votados los miembros de la Curia Romana, mientras que los nombres de alemanes, franceses, sudamericanos, asiáticos, etc., emergieron en aplastante mayoría.

El hecho merece destacarse, no por la razón superficial de las agencias noticiosas, para las que todo era cuestión de Obispos liberales versus conservadores, sino porque desde el primer instante el sentido universalista de la Iglesia respaldó con nitidez.

Por primera vez, en la bimilenaria historia de la Iglesia, un Concilio ecuménico respondía, incluso geográfica y racialmente, a este título. En el Concilio Vaticano I hallamos ciertamente a numerosos representantes de comunidades extraeuropeas, pero, por lo general, se trataba de Obispos de las Metrópolis, destacados ministerialmente en las respectivas colonias. El Concilio Vaticano II ha sido testigo del milagro largamente ansiado. Hombres consagrados de todas las latitudes, razas y colores, se aunaban públicamente en una Fe y un Amor común. Es imposible prever el alcance beneficioso de una tal fusión. Cada hombre, como hijo de un pueblo y de una cultura peculiar, mostró a sus otros hermanos en la fe un nuevo rasgo de la "Mater Ecclesia", ese gesto inédito, esa sonrisa irrepetible que cada cultura debe imprimir en su rostro.

Los hombres occidentales hemos, quizás, identificado en exceso nuestra cultura con nuestra fe, y nos cuesta admitir, en la práctica, una Iglesia plurifacial en su manifestación humana. No sólo en las fructuosas asambleas acerca de la Sagrada Liturgia, sino en cada insignificante momento el sano enfrentamiento de modalidades diferentes ha enriquecido a todos los pastores y, a través de ellos, esa nueva "parusía" irradiará en todos los miembros del Cuerpo Místico.

Nosotros tenemos mucho que ofrecer a las culturas extrañas, pero ¿sabemos hasta qué punto, en el plan de Dios, esos hombres creyentes de color negro o amarillo están llamados a injertarnos su savia de fresca Iglesia? Se habla mucho del futuro dominio universal del hombre amarillo; para el católico, dentro de su visión trascendente, la oposición se resuelve en la brillante armonización, en la mutua complementación.

## II

La misma primera reunión hizo patente la libertad con que se movían en el seno del Concilio esas diversas modalidades católicas. Libertad que S. S. Juan XXIII apoyó en todo momento al respetar la opinión de la mayoría siem-



pre que la duda amenazó confundir el avance de las deliberaciones.

En este sentido conviene puntualizar algo que, erróneamente justipreciado por los diarios, pudo desorientar al católico medio. Se ha hablado con insistencia de Obispos conservadores y de Obispos liberales. No conviene jugar con las palabras y menos en temas tan delicados. Nada más craso que adjudicar epítetos de la política cotidiana a problemas cuya órbita trasciende la cotidianidad. ¿Qué significa conservador versus liberal en un asunto tan sutil teológicamente hablando como el de las fuentes de inspiración? Sin duda alguna los periodistas pretendían significar corrientes de avanzada en oposición a tendencias más rígidas. Pero no deja de ser ridículo llamar "liberales" a la mayoría que rechazó el proyecto de un determinado sector. Ni la tendencia de este último es conservadorismo, ni la del Cardenal Bea liberalismo. Clasificarlas sin un profundo conocimiento teológico y sin serios estudios bíblicos es infantil. Las diferencias entre ambas y su consiguiente denominación no entran en el ámbito de esta Editorial. Sólo hemos querido subrayar la falsa angulación de un hecho que si algo ha demostrado —como lo hiciera notar un egregio observador protestante— es la libertad enorme con que la inteligencia católica se mueve en problemas discutibles.

Nada tiene de extraño, por otra parte, que en una Asamblea tan numerosa aparezca toda la gama de posturas mentales. Suponer uniformidad sería presuponer dentro de la Iglesia un episcopado desintelectualizado o intelectualmente autómatas. Ni en todos es dable una ductibilidad mental idéntica: ambiente cultural medio, formación, problemática sociológica, edad, etc., determinan, en gran escala, en todo hombre, su mundo intelectual. Si esto tiene sus desventajas es, por otra parte, el signo de un episcopado encarnado en su tierra y en su pueblo. Lo importante es que cada uno pudo libremente testimoniar su visión de las cosas. Y también aquí es imprevisible el fruto que tal intercambio producirá en el futuro. Percibir experiencialmente los mil matices posibles de la mentalidad católica dentro de la unidad es capacitar la mente y el corazón para aberturas insospechadas de caridad.

## III

Poco después del anuncio del Concilio Su Santidad Juan XXIII puso al frente de la comisión "por la Unidad de las iglesias" al jesuita, ex-rector del Instituto Bíblico de Roma, Cardenal Bea.

La finalidad del Concilio, como se apresuró a clarificarlo el mismo Sumo Pontífice, no era la inmediata unidad cristiana de las distintas confesiones, sino, más bien, embellecer el rostro de la Iglesia para que su esplendor fuera un llamado implícito a los hermanos separados. No obstante, la Comisión presidida por el Cardenal Bea realizó un trabajo que podríamos denominar "paraconciliar", tan extraordinario que sus resultados justifican, por sí solos, la convocatoria del Concilio.

A los contactos personales y conferencias mixtas siguió la invitación oficial del Vaticano a las diversas iglesias para que enviaran sus observadores al Concilio.

Cuando se mide la distancia recorrida desde el Concilio de Trento y se contempla hoy a centenares de hermanos separados rezando en común con los Obispos Católicos en la basílica madre de la catolicidad, y se los ve presenciar las más secretas deliberaciones, el corazón se ensancha. No que se haya obtenido la unidad anhelada ni que ella esté próxima. Siglos de incomprensiones y alejamientos no se restañan en un instante. Pero se ha logrado, sí, lo que expresara el Santo Padre en su discurso inaugural: El anhelo de una unidad de oración. No sólo ésto sino esa mutua cordialidad y leal actitud de mutua estima y comprensión, sin las cuales la añorada futura unidad estaría mucho más lejana.

\* • \*

No creemos haber llevado extremadamente nuestro optimismo de base al comentar el Concilio en su primera etapa. Si un optimismo infantil y omniabarcante es nocivo, no lo es menos ese pesimismo de los exaltados mesianistas o, usando la expresión de S. S. Juan XXIII, de esos "desdichados profetas para quienes todo es perdición y fracaso".

La frase del Papa, en su discurso de apertura, nos pone en guardia frente a un derrotismo anticristiano y ubica nuestras mentes en el exacto punto de equilibrio providencialista. El mundo y el Concilio se desarrollan en el devenir histórico, con todas las contingencias propias de lo humano, pero envuelto en el manto siempre esperanzador de la Providencia Divina:

*"En el cumplimiento de nuestras diarias funciones pastorales nos sentimos heridos cuando, a veces, escuchamos a gente que aunque sumamente diligente, pero, con no muy grande sentido de discreción, no está capacitada para conocer la justa medida de las cosas. Ellos ven en la actualidad sólo desobediencia y perdición; dicen que nuestro tiempo, comparado con tiempos anteriores marcha cada vez peor; se comportan como si no hubieran aprendido nada de la Historia, la cual de todas maneras nos enseña cómo es la vida y cómo los Concilios Ecuménicos anteriores no fueron un paseo triunfal de los pensamientos cristianos, de la vida y de la libertad religiosa.*

*"Con estos desdichados profetas, que nos predicen la ruina como si el fin del mundo estuviera cercano, no podemos, de ninguna manera, estar de acuerdo.*

*"Como las cosas están hoy vamos al encuentro de un nuevo orden de relaciones humanas, las cuales por los esfuerzos de los hombres y sobrepasando sus esperanzas cumplen los planes elevados y sorprendentes de la bondadosa profecía".*

*La Dirección.*



# madurez dentro de la Iglesia

• PEDRO MIGUEL FUENTES, S. J.

**S**OBRE la Iglesia se puede escribir desde fuera o desde su interioridad. Se puede volcar sobre ella una mirada científica que la coloca a la distancia como objeto de reflexión o de oposición apasionada, y se puede contemplarla desde su interioridad cálida. Pero habría que preguntarse si es posible al católico ubicarse, aunque sólo sea metódicamente, en la primera de las actitudes. Es decir, si es posible al hijo de la "*Mater Ecclesia*", objetivarla entre sus manos como sujeto de análisis sin que la propia persona se sienta comprometida en ella.

El problema es delicado, especialmente desde el instante en que la crítica se insinúa dentro de una Comunidad.

La tendencia a la crítica es natural en la persona que llega a su pleno desarrollo. Las épocas de "*crisis*", en el sentido etimológico del vocablo coinciden siempre con las épocas de adultez mental.

Dentro de la Iglesia —y, en concreto, dentro de nuestra Iglesia— se ha llegado hoy a una madurez que no puede sino alegrarnos y simultáneamente preocuparnos. Se hace urgente la clarificación de actitudes, porque no es fácil para el cristiano saber hasta dónde llega su libertad y hasta dónde sus deberes en el dominio

de los juicios prácticos de lo que escapa al magisterio infalible.

Críticas a la Iglesia las han hecho santos y apóstatas, y no siempre fue el dato objetivo lo que los diferenció. San Bernardo en su conocido libro "*de Consideratione*", Santa Catalina de Siena en sus cartas, Santo Tomás Moro, Santa Brígida, etc., no callaron lo que en su tiempo gritaron Lutero, Calvino o Melancton. Sin embargo a los primeros la Iglesia los llama sus "*santos*" —los hijos de su predilección—, mientras que sobre los segundos volcó el doloroso cuchillo de la excomunión. Sus diversas actitudes determinaron tan diferentes reacciones.

Nos urge pues, calibrar nuestras actitudes frente a la Iglesia, si no queremos dañarla al inclinar sobre ella los ojos de nuestra crítica.

## • ACTITUD SOBRENATURAL

La visión sobrenatural del misterio de la Iglesia es la piedra de toque del auténtico católico. Quien carece de ella está incapacitado esencialmente para comprenderla y emitir un juicio. Pero —he aquí la paradoja— es precisamente esta

visión la que elimina toda posibilidad de juicio definitivo. El Reino de los Cielos presenta en la tierra un rostro exterior que puede caer bajo los garfios de la inteligencia humana. La Iglesia posee una figura histórica condicionada a cada instante por los hombres y las circunstancias ambientales. Con su estructura, sus cuadros jerárquicos, sus instituciones, ella se presenta encuadrada en las leyes que rigen a toda organización.

Hace poco tiempo una gran revista norteamericana colocaba a la Iglesia Católica en el segundo puesto entre las mejores organizaciones administrativas mundiales. No condenamos a la Revista; para ella la Iglesia se mueve en una dimensión horizontal, puramente terrestre. Se quedó con el rostro exterior de la Iglesia, con su figura cuantitativa dimensionable.

El caso de la revista es la caricatura de uno de los peligros que acechan al católico que enjuicia a la Iglesia sin una clara visión de su realidad trascendente.

El hecho religioso, prescindiendo por el momento de la revelación sobrenatural, es, por su misma esencia, interior, psicológico. Los índices exteriores serán siempre una pálida sombra de la realidad que los impulsa. El alma humana se expresa, sin duda, a través de la escritura, de los gestos, pero, entre línea y línea, permanecerá siempre la incógnita de amplios entrer renglones. Leerlos escapa a toda estadística; el espíritu se esconde de entre los dedos del más fino psicólogo.

En el caso del fenómeno religioso católico, la incapacidad del científico es aún más evidente. En efecto, ¿cómo juzgar el grado de vivencia espiritual de una

persona —y por extensión de una comunidad— cuando interviene e incide en el alma constantemente la Gracia Sobrenatural? Sabemos perfectamente que la Gracia actúa sobre la naturaleza y la perfecciona, pero sabemos también que no puede tenderse un paralelismo exacto entre la manifestación exterior de la Gracia a través del gesto y la realidad ontológica de la misma. Vehiculado en los gestos más toscos, en las ignorancias inculpables más crasas, en las naturalezas más limitadas, el soplo divino puede estar modelando la santidad más acabada.

Pongamos concretamente el caso de tantas regiones nuestras donde la ausencia sacerdotal determina una fuerte ignorancia religiosa, ¿se atreverá alguien a afirmar que la vitalidad cristiana ha terminado o disminuido en ese grupo?

Por supuesto, nuestro anhelo debe tender a ilustrar a los fieles, a atraer a nuestras iglesias también a los doctos y a los intelectuales, pues todos están llamados al Reino del Señor. Guardémonos empero del juicio tan extendido de considerar que la sola presencia de viejos y niños en nuestros templos es signo de caducidad. Una cosa es nuestra misión que nos lanza a todos los hombres; una cosa es la adhesión numérica a la Iglesia —en sí deseable— y otra es la intensidad de Gracia dentro de la misma. Sólo si pudiéramos medir ésta podríamos hablar de aumento o disminución de vitalidad religiosa: *“La vitalidad cristiana en cada época depende mucho menos de lo que pudiera creerse, de cuanto se discute, se realiza o se deshace en la escena del mundo. Bajo las agitaciones de la política, los remolinos de la opinión, las corrientes de ideas, y las controversias, lejos de las en-*



*crucijadas y de las plazas públicas, escapando a las auscultaciones y a las indagaciones, hay una vida que se mantiene, se transmite y se renueva, sin que apenas sea posible percibirla desde fuera. Los ciegos ven, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. El Reino de Dios luce en lo secreto. ("Meditación sobre la Iglesia", Henri de Lubac - Desclée de Brouwer, páginas 290-291).*

Verdad sencilla, verdad elemental, olvidada sin embargo con tanta frecuencia. Fácilmente establecemos la ecuación entre cultura y religión. Una comunidad eclesial calificada determina en nosotros un juicio apreciativo superior al de aquella otra más mendiga de valores. Yo no digo que esta última sea superior, sólo afirmo que no tenemos, no podemos tener, los elementos para enjuiciar el misterio del Reino. En todo caso, las palabras del Señor nos inclinarían a favor de los últimos: *"Yo te bendigo, oh Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños"*.

Deberíamos tener siempre ante los ojos la escena de San Agustín contemplando a las ancianas del pueblo en su matinal camino de la Iglesia: Alipio, Alipio, estas ancianas... nos arrebatan el cielo! Arrebatar el cielo es poseer mayor cúmulo de Gracia que, en definitiva, es lo que cuenta en la expansión del Reino y constituye el ornato máspreciado de la Mística Esposa del Señor. El resto, lo que cae bajo los ojos escrutadores de nuestra crítica, vale tanto cuanto coadyuve a esta riqueza interior que escapa a nuestras medidas. No podemos proyectar las di-

mensiones de lo accesorio al núcleo trascendente de lo principal. *"Toda la gloria de la hija del rey brota del interior"*.

Es inútil entonces el esfuerzo de nuestros sociólogos? De ninguna manera; sus aportes serán siempre orientadores, ya que si es verdad que no existe plena adecuación entre la realidad interior y sus expresiones externas, también lo es que, por regla general, se da entre ambas un cierto paralelismo. La detectación será siempre débil, a lo más aproximativa porque el gesto inmanente jamás dibujará la imagen de lo que es por esencia trascendente: la Gracia. Las orientaciones de la sociología son el soporte a la prudencia evangélica de que nos habla el Señor. Pero, supuesta ella, nuestra actitud debe involucrar también esa sencillez de quien se sabe envuelto —y envuelta su Iglesia— en la calidez de un ropaje de gracia que nos trasciende.

Si se tiene en cuenta esto, nuestra crítica —*"discernimiento"*— será siempre lo que debe ser: *"constructiva"*, porque habremos dejado a Dios el amplio margen de libertad de acción misericordiosa que le corresponde en el secreto de las almas: *"No nos hagamos ciegos para ver la fecundidad real de nuestra Madre, por soñar en una eficacia posiblemente quimérica"* (de Lubac, op cit., pág. 292).

¿No existe con frecuencia, en las críticas de hoy, un larvado milenarismo; un creer que la Iglesia debe caminar con la perfección total en esta tierra? La Iglesia, como cada uno de nosotros, está en marcha hacia la escatología. Y así como nuestra plenitud acabada en Cristo marcará el instante misterioso en que el Señor nos llame por medio de la muer-

te, así la plenitud y perfección del Cuerpo total señalará la parusía del Esposo y el fin de los tiempos. Querámoslo o no —y esto no nos exime del trabajo— la Iglesia estará en agonía hasta el fin de los tiempos. La agonía de la Iglesia no es provocada solamente por las persecuciones que le vienen del exterior, sino también por la claudicación constante de tantos de sus miembros. Su rostro aparecerá siempre doloroso y surcado de sangre a los ojos del mundo; y juzgar a Cristo —la Iglesia es Cristo prolongado— solamente por su apariencia externa del Huerto es ignorar que en Él habita la plenitud de la divinidad.

● CRITICAR EN "COMUNIDAD"

No basta la visión intelectual exacta de la órbita sobrenatural que describe el misterio de la Iglesia, para que nuestra crítica posea carta de ciudadanía. Es menester que esta visión nos posea en acción; es decir, que nos sintamos nosotros mismos integrados vitalmente en la Iglesia. Saber que al juzgarla nos juzgamos, que al desgarrar su túnica con nuestra crítica ponemos en desnudez algo nuestro. Por eso decía al principio que no podía el católico, ni siquiera metódicamente, colocarse al margen para observarla. Nadie se desprende caprichosamente de su propia vida. Separarse es morir.

Estamos identificados con la Iglesia, vivimos en ella y de ella, pero no todo lo que sentimos y pensamos está siempre de acuerdo con ella. Desde el Bautismo comenzó nuestra muerte cotidiana al pecado del viejo hombre, y esto significa que

el anciano coviandante nos asalta también, cada día, con sus veleidades, sus intereses y sus egoísmos.

Se necesita una luz muy limpia (y la limpidez depende mucho de la pureza de nuestra mirada interior) para discernir qué clamor brota en nosotros bajo el impulso del Espíritu y cuál bajo la presión del pecado. Necesitaremos sinceridad sin meandros para desbrojar nuestros intereses bastardos de los del cuerpo celestial, en nuestras reclamaciones. *"Siempre habrá hombres que identificarán tan estrechamente su causa y la de la Iglesia, que con toda buena fe acabarán por reducir la causa de la Iglesia a la suya propia. No se imaginan que, para ser servidores verdaderamente fieles, quizás tuvieran que aniquilar en sí mismos muchas cosas. Al querer servir a la Iglesia, la ponen a su servicio"* (H. de Lubac, op. cit., pág. 271).

No se nos pide cegarnos y no ver, pero sí se nos exige purificar nuestros ojos para compadecer, por un lado, y para trascender, por otro, lo apariencial. Se puede ver de mil maneras según la disposición cordial de nuestros ojos. Ver y juzgar, pero sin olvidar, en el momento de la crítica, que somos cristianos. Sentirse integrando la gran familia de Dios y sentir a la Iglesia como Madre, he aquí lo esencial para tener derecho a juzgar. Porque entonces el juicio estará siempre tamizado por el Amor; sólo entonces se podrá hablar sin herir, porque quien ve a Cristo en todos y cada uno de sus miembros, y se siente a sí mismo Cristo, no podrá jamás condenar con acritud ni amargura.



*“Sólo participa de Cristo aquél que se mantiene unido a todos los miembros de su Cuerpo. El que es rico no dice al pobre: Tú no me eres necesario. Tampoco el fuerte se lo dice al débil. Ni el sabio al que es poco dotado... Es preciso que sepa que los que en la Iglesia parecen débiles, pobres, iletrados, lo mismo que los pecadores, deben ser rodeados de gran honor y atendidos con cuidados más delicados...”*

*Es preciso que se conduela así de los hombres y que no se muestre importuno con ellos; que sufra con los que sufren a fin de que aprenda con los hechos que todos somos un mismo Cuerpo, cuyos miembros son todos solidarios”* (San Ambrosio in psalmum 118, sermón 8 N° 54).

Quien vive así su fe, difícilmente errará en su juicio. No obstante, para tener todas las garantías, su luz interior deberá coincidir con la orientación de los pastores en todo aquello en que éstos juzguen oportuno señalar rutas. La coincidencia del espíritu que sopla en lo interior con el magisterio es el sello más cierto de la aprobación divina. Si en algún caso se quiebra tal coincidencia es al miembro inferior a quien cabrá la suerte de la renuncia y la obediencia, en vistas al bien del todo. Tal es el sentido de la frase ignaciana en el libro de los Ejercicios Espirituales: *“Del sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener”*. No se trata de sentir con la Iglesia (como equivocadamente se traduce a veces). Este sentir con parecería sugerir dos sentires autónomos. El católico siente en la Iglesia, porque vive su misma vida y porque plasma en su corazón el anhelo

paulino: *“Tened en vuestros corazones los sentimientos de Cristo Jesús”*.

De ninguna manera se trata de una pétrea unificación de criterio en lo que la misma Iglesia deja libertad: *“Hay una fe común, no una respuesta común a todas las cuestiones que puedan plantearse. Cristianos igualmente cristianos y sinceros, podrán, por ejemplo, diferir de opinión sobre la solución de problemas económicos y sociales”* (Ives de Montcheuil).

Reconozcamos que no siempre es fácil ni cómoda la situación del cristiano; lanzado por una parte a la acción por vocación divina, y tomando sobre sí el peso de las responsabilidades propias de su ubicación en el Cuerpo Místico, debe, por otra, estar siempre dispuesto a sacrificar su criterio si la Iglesia se lo pide en nombre del Señor. En la expresiva frase ignaciana: *“debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia hierárquica así lo determina, creyendo que entre Christo nuestro Señor esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas* (13ª regla *“para el sentido verdadero que en la Iglesia militante, debemos tener”*, Libro de los Ejercicios).

Es lo que el Padre de Montcheuil traduce tan nítidamente: *“Saber avanzar sin esperar un impulso de la jerarquía, y saber detenerse cuando ella ordena no ir más adelante provisoriamente; desandar lo andado sin dudar, cuando ella indica que se ha penetrado en una falsa pista, estar dispuesto a reiniciar valientemente la marcha por las direcciones dejadas abiertas, sin descorazonamientos, sin*



mal humor, tales son las disposiciones que deben ser familiares a los católicos" ("Aspectos de la Iglesia").

Disposiciones familiares pero difíciles si no se posee una visión clara de lo que en la Iglesia significa la jerarquía, aún en el cotidiano devenir: "No decimos que el superior sea infalible, es decir, que al considerar sus intenciones y sus razones, no puedan encontrarse algunos errores. Decimos que la Providencia, como afirma el Concilio Vaticano, es infalible y omnipotente, y que conformando nuestra conducta a sus planes, participamos prácticamente de esta Sabiduría (cfr. Charmot: "La doctrine spirituelle des hommes d'action", pág. 315).

Antes de emitir un juicio sobre la Iglesia, deberíamos suplicar al Señor con el cardenal Newman: "Que no olvide yo ni por un instante que Tú has establecido en la tierra un reino que te pertenece, que la Iglesia es Tu obra, Tu institución, Tu instrumento, que nosotros estamos bajo Tu dirección, Tus leyes, y Tu mirada; que cuando la Iglesia habla, Tú eres el que habla; que la familiaridad que tengo con esta verdad maravillosa, no me haga insensible a esto; que la debilidad de tus representantes humanos no me lleve a olvidar que eres Tú quien hablas y obras por medio de ellos".

## ● OPORTUNIDAD DE LA CRÍTICA

Aún suponiendo que todas estas condiciones se den es necesario considerar la oportunidad o inoportunidad de nuestra

crítica. Es fácil hallar defectos reales en lo humano de la Iglesia. Estos siempre son visibles y nuestra proclive naturaleza facilita el trabajo. Pero el hecho de su realidad ¿justifica ya su divulgación? Sólo en el caso de que el bien esperado compense ampliamente la dolorosa manifestación. Y no podemos en esto guiarnos por nuestra propia reacción frente a ellos. La Iglesia posee una gama inmensa de mentalidades en sus miembros, que no son fruto de un capricho numérico, sino concretización del plan universal de salvación. Todos ellos deben estar ante nuestros ojos en el instante en que nos disponemos a lanzar nuestros juicios. "¡Ay de quien escandalizare a uno de estos pequeños que creen en mí!", dice Jesús.

Y fuera de la Iglesia, y fuera de los hombres de recta intención, ¿olvidamos que existe un mundo que sólo espera nuestra información —recta de nuestra parte— para hacer de ella pasto de sus campañas difamatorias?

"Hay que reconocer igualmente —y la observación es importante— que la situación no es hoy la misma que en los siglos que llamamos cristianos. Entonces puede decirse que todo pasaba, si vale la expresión, en familia. La irreligión no estaba en acecho para tomar argumento de todo. Hoy, que la Iglesia aparece por todas partes como acusada, hoy que es incomprendida, mofada en su existencia y en su misma santidad, todo católico debe ser cauto para que no se explote contra la Iglesia lo que él quería expresar con la única intención de servirla mejor. Debe estar en guardia contra interpretaciones equivocadas que son fatales.

*Delicadeza filial, que nada tiene que ver con la gazmoñería o el cálculo hipócrita. En este sentido, no puede darse ninguna regla precisa, pero el hombre verdaderamente "eclesiástico", tal como hemos procurado definirlo más arriba, este hombre que no puede ser sino verdaderamente "espiritual", tenga por seguro que el Espíritu Santo le dará con abundancia el don de consejo" (H. de Lubac, op. cit., pág. 279).*

Quizás exista una regla infalible: la del Amor. El hombre que ama a la Iglesia, el que se siente en la gran familia de los hijos de Dios no correrá seguramente peligro. Nunca el hermano divulgará las lacras de su hermano; jamás el hijo ventilará en la vía pública los defectos de sus padres. El honor y el amor lo llevarán a disimular todo aquello que no tiene mayor trascendencia. En cuanto a lo grave, sabrá manifestarlo a quienes no sólo podrán comprenderlo sino solucionarlo.

Habrá momentos, por fin, en que toda manifestación se hará imposible; Dios puede permitirlo. Será el momento del Calvario para el cristiano auténtico. Pero ni siquiera en tales instantes puede tener cabida la rebelión. El Viernes Santo, junto a la Cruz de Cristo, nadie tuvo más motivos para gritar su protesta que la Virgen Madre. Sin embargo el Evangelio no anota ninguna palabra suya en las tres largas horas de crucifixión. Nada corredimió tanto al mundo como ese silencio de María hecho de dolor y amor. Porque en tales momentos no es la palabra lo importante; lo importante es permanecer de pie junto a la Cruz de Cristo en testimonio de adhesión. ♦